

9.^a—SALUTACIÓN ANGÉLICA.

PRELUDIO 1.^o Entrando el arcángel San Gabriel donde estaba María, la saludó, diciendo:
«Dios te salve, llena de gracia, etc.»

PRELUDIO 2.^o Representate al santo Arcángel saludando á María.

PRELUDIO 3.^o Pide la gracia de penetrar las grandezas encerradas en esta salutación.

Punto 1.^o *Dios te salve, llena de gracia.*—Considera cómo entra san Gabriel donde estaba María, presentándose á esta Señora con rara modestia y con un rostro exterior de santidad, que manifestaba bien la que tenía en su espíritu, y saludándola, dijo: «Dios te salve, llena de gracia». ¡Qué salutación tan honorífica para María! El mismo Dios la puso en boca de su enviado, inventando los nuevos, gloriosos y nunca oídos nombres que encierra para honrar á esta Señora. Porque así como en sus profetas había descubierto algunos nombres excelentes con los cuales había de ser conocido el Verbo encarnado, tales como Príncipe de la paz, Dios con nosotros², Consiliario; así quiso que su dichosa Madre fuese llamada con los nombres, de *la llena de gracia, el Señor contigo*, etc.; con los cuales es justo que la llames, penetrando la significación y grandezas que encierran. Pondera primeramente cómo María estuvo llena de gracia con todos los modos que hay de plenitud. Porque estaba llena de la gracia que justifica: llena de caridad, fe y esperanza; de humildad, obediencia y paciencia, con todas las demás virtudes: llena de sabiduría, ciencia, piedad, con los demás dones del Espíritu Santo. Su memoria estaba llena de santos pensamientos; su entendimiento de grandes ilustraciones de Dios; su voluntad de fervientes actos de amor y celo, con entrañables deseos de la gloria de Dios, de la venida del Mesías y de la redención del mundo. Demás de esto, estaba llena de gracia en todas sus obras, porque todas ellas eran obras llenas, enteras y macizas, con la plenitud que podían tener de intención pura, fervor y amor. Reflexiona sobre esta plenitud de María, comparándola con la de otros muchos santos que también se dicen llenos de gracia, y verás que excede á todos ellos, pues que es conforme á su dignidad, infinitamente superior á todas las dignidades y oficios de los santos. ¿Creemos nosotros en esta plenitud de gracia de María? ¿La honramos del modo que es debido? ¡Oh Virgen Santísima! ¿Quién podrá decir la plenitud de gracia que tenéis sobre los otros santos que estuvieron llenos de ella? Ellos fueron como ríos; Vos sois un mar: ellos tuvieron la gracia que conviene á los siervos del Altísimo; Vos la que corresponde á la Madre de Dios. Gracias os doy, Trinidad beatísima, por la plenitud de gracia que

¹ Luc., 1, 28. — ² Isai., ix, 6.

disteis á esta Virgen soberana, y por sus merecimientos os suplico me déis parte de ella, hasta que el vaso de mi alma, aunque pequeño, quede lleno según su capacidad.

Punto 2.^o *El Señor es contigo.*—Considera el segundo nombre que impuso el Señor á María por ministerio del ángel, diciéndole: «El Señor contigo». Esta palabra sube de punto la salutación, porque significa que Dios está en la Virgen por excelencia, con todos los modos con que puede estar en sus puras criaturas. Es como decir: El Señor está contigo, no sólo por esencia, presencia y potencia, como está en todos los hombres y en todos los seres criados; ni solamente por gracia, como está con todos los justos, sino con eminencia de gracia, asistiendo dentro de ti con especial gracia y amistad, y con estrecha familiaridad. Está contigo en todas tus potencias, uniéndolas consigo; está en tu memoria, arrebatándola para que siempre de Él te acuerdes; en tu entendimiento, ilustrándole, para que siempre le conozcas; y en tu voluntad, encendiéndola, para que siempre le ames. Está contigo también, asistiendo á todas tus cosas, con especial providencia y protección, gobernándote con sus inspiraciones y enderezándote en cuanto haces. Está en ti, como en su cielo, en su templo, en su tálamo, en su casa de recreación; y de aquí á poco estará en tu seno como hijo tuyo; y así por excelencia y á boca llena digo de ti: *Dominus tecum*. Mas observa cómo el ángel no dice: El Señor es, fué ó será contigo, sino el Señor contigo, para dar á entender que fué, es y será siempre con ella, como quien dice: desde tu creación el Señor estuvo contigo¹, sin que ni un solo instante dejase de estar, porque estuviste libre de toda mancha, y el enemigo nunca tuvo parte contigo; y ahora es, y será por toda la eternidad. No se apartará de ti, ni se mudará de ti, ni en ti habrá mudanza que menoscabe la divina Providencia. ¡Oh Virgen bienaventurada! Gózome de tan gran bien como poseéis en tener con Vos al mismo Dios, gozando con firmeza de su dulce compañía. Suplicadle que esté por gracia conmigo, poseyéndome con tal amor, que nunca se aparte de mí, ni yo me aparte de Él para siempre. ¿Deseas tú, alma fiel, estar con Dios? ¿Qué debes hacer para lograrlo?

Punto 3.^o *Bendita tú entre las mujeres.*—Considera en este punto el tercer nombre glorioso con que saludó san Gabriel á la Virgen, como enviado de Dios, diciéndola: «Bendita tú entre las mujeres». Llámala de este modo, porque Ella sola se libró de las maldiciones á que había sujetado Dios á la mujer, después del pecado: se libró de la maldición de la esterilidad, sin daño de la virginidad, y se libró también de la maldición de dar á luz con dolor, porque no había de concebir con deleite. María es también la bendita entre las mujeres, porque como una mujer dió

¹ Psalm. xlv, 6.

principio á todas las maldiciones que comprendieron á los hombres, así Ella da principio á todas las bendiciones celestiales que han de venir sobre ellos, por el fruto bendito de su vientre, por quien ha de quebrantar la cabeza de la serpiente ¹, y librarlos de las maldiciones que su pernicioso sugestión les acarreo. Para comprender mejor la excelencia de este título que da el ángel á esta Virgen soberana, recuerda cómo otras mujeres ilustres han recibido gratas y honrosas bendiciones de sus hermanos y de los de su nación. Los habitantes de Betulia bendicen á Judith ² por haber cortado la cabeza á Holofernes; los israelitas bendicen á Jahel ³ por haber quitado la vida á Sísara; y á Ester ⁴, por haber aplacado la cólera de Asuero. ¿Cuánto más digna de las bendiciones universales es María, que ha contribuido y cooperado eficazmente á aplacar la ira del Señor, y á humillar el poder y audacia del enemigo infernal? Por esto es muy justo que entre todas las mujeres que han existido y han de existir hasta el fin del mundo, reciba Ella singulares bendiciones; y que se las tributen gloriosas los ángeles del cielo y los hombres de la tierra, así los justos como los pecadores, porque á todos ha de caer parte de su copiosa bendición. ¡Oh Señora! Permitidme que yo también, indigno siervo vuestro, os alabe, bendiga y glorifique, y me goce de que todos os alaben, bendigan y glorifiquen; y os suplico me libréis de las maldiciones de culpa y pena á que vivo sujeto, y me hagáis participante de las bendiciones que vuestro Hijo, nuestra cabeza, por Vos, como por su cuello, comunica á la Iglesia.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán honrosos y excelentes son los títulos con que san Gabriel saluda á la Virgen Santísima en su anunciación! Llámala llena de gracia, morada de Dios, bendita entre las mujeres. Sólo Dios, que había criado el alma de María ya dornado y enriquecido de preciosísimos carismas su Corazón, podía inventar nombres tan adecuados y honoríficos. ¡Qué gloria para María! El mismo Dios le impone el nombre que le corresponde. ¡Qué honor para los que nos gloriamos de ser sus hijos! Es la llena de gracia, porque posee todas las que se han distribuido entre todas las criaturas, y las posee con la mayor plenitud que se puede imaginar. En Ella, como en un mar inmenso, han venido á reunirse todas las virtudes morales, intelectuales y teológicas, los dones del Espíritu Santo, las gracias *gratis datas*. Todas las potencias de su alma están llenas de gracia; sus palabras, pensamientos y acciones, llenos de gracia. ¡Ah! Es que el Señor está con Ella de asiento con permanencia y fijeza, y jamás se separará. Él es el sol que la ilumina, el fuego que la abrasa, el imán con el que está siempre unida. De aquí nace el ser la bendita entre las mujeres, porque, ayudada del Señor que

¹ Gen., III, 15. — ² Judith, XVI, 25. — ³ Judic., V, 24. — ⁴ Esther, IX, 31.

en Ella mora, aparta del mundo las antiguas maldiciones, y le atrae todas las bendiciones. Y tú, ¿no bendecirás á María? ¿No te dispondrás para ser morada de Dios? ¿No procurarás llenarte también de gracias? ¿Qué has de proponer al efecto? Piénsalo; resuelve, pide gracia, y ruega por todas aquellas cosas que desea María, especialmente la conversión de los infieles, herejes y pecadores, la perseverancia de los justos, la paz de la Iglesia y el alivio de las almas del purgatorio.

10.—TURBACIÓN DE MARÍA EN LA ANUNCIACIÓN.

PRELUDIO 1.º Turbóse María al oír la salutación del ángel; mas éste la tranquilizó, diciéndola que había hallado gracia delante de Dios.

PRELUDIO 2.º Representate á María turbada al ver y oír al ángel san Gabriel.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar las virtudes que en esta ocasión ejercita María.

Punto 1.º *Turbóse María á causa de su humildad y castidad.*—Considera cómo la Santísima Virgen, en viendo al ángel, y oyendo la salutación que la dirigía, turbóse, y pensaba dentro de sí, qué salutación era aquella. Las causas de donde procedió esta turbación no fueron otras que las dos excelentes virtudes de la castidad y de la humildad, que Ella poseía en grado heroico, y de las que en esta ocasión dió manifiesto ejemplo. Mostró su admirable castidad, turbándose, como dice san Ambrosio, con la vista repentina de un varón en medio de su aposento, estando sola; porque propio es de la virgen recatada turbarse de cualquiera vista ó palabra de varón; así como es propio del varón casto cerrar, como Job ², sus ojos, por no tener pensamiento malo contra la virgen. Por donde conocerás, si haces el aprecio que es debido de esta virtud angelical, cerrando tus ojos y tus sentidos á todos aquellos objetos de los cuales ella se recata. Piensa que es ella una flor muy delicada, y que el más ligero hálito puede marchitarla. Mostró también María más principalmente una excelente y rara humildad, porque al tiempo que entró el ángel en forma de varón, estaba esta Señora recogida en su aposento, en grande contemplación de las grandezas de Dios y del Mesías y de la que había de ser su Madre. Tenía de sí muy bajo concepto por su profunda humildad; y cuando oyó una salutación tan nueva y tan gloriosa, turbóse, no tanto por la vista del ángel, cuanto porque no hallaba en sí fundamento de tales alabanzas y grandezas como la decía. Propio es del humilde no gozarse en las alabanzas que se le tributan, por considerarse indigno de ellas; y como no ve en sí cosa buena, y cuanto tiene lo considera, no como propio, sino como prestado de Dios, al verse ensalzado, se tur-

¹ Luc., I, 29. — ² Job., XXXI, 1.

ba, porque teme que la gloria que se tributa á él, se usurpa á Dios, á quien únicamente se debe. ¡Oh Virgen humildísima! ¿por qué esa turbación vergonzosa? ¿Tembláis y os ruborizáis á la presencia de tan hermoso mancebo? No hay para qué, Señora, que es un ángel del cielo. ¿Turban vuestra humildad las palabras que os dice? No es él quien os habla, sino el mismo Dios por su ministerio. ¡Oh si me alcanzaseis de Dios tal recato y humildad, que supiese imitar vuestra graciosa turbación! ¿Practicarás en adelante estas virtudes de María? ¿Qué has de resolver al efecto?

Punto 2.º *En su turbación, María reflexiona callando.*— Considera cómo se porta María en esta inopinada é inesperada turbación, para aprender el modo cómo te has de conducir tú en casos semejantes. Ella no se abalanza á contestar á la salutación angélica, ni para mostrar agradecimiento por las alabanzas, ni para recordar lo indigna que se consideraba de ellas, ni aun para mostrar su sorpresa por las mismas; sino que con exquisita prudencia reflexiona atentamente qué salutación era aquella, y á qué fin se podía ordenar. Con esta prudencia juntó la virtud del silencio, callando por entonces, y dando por respuesta el semblante exterior de su humildad y vergonzosa turbación. De este modo movió al ángel á que, insistiendo en hablarla, la tranquilizase con blandura, y le manifestase el objeto de su venida y la causa de tan honrosa salutación. Para comprender algo más el excelente proceder de María, recuerda lo que hizo la primera mujer Eva, y compara la conducta de esta Señora con la de aquella mujer. Eva, cuando aún virgen, andaba vagueando por el paraíso, sola y sin la compañía de su esposo; María se halla retirada en su aposento, apartada de las miradas de los hombres y atenta á la presencia de Dios, su divino Esposo. Eva, á la primera pregunta que le hizo el mal ángel disfrazado en figura de serpiente¹, contestó, trabando con él largas pláticas; María, al hablarle el ángel bueno, aparecido en la forma de un hermoso y modestísimo joven, se turba, reflexiona, calla. Eva, en su conversación con el enemigo, dió muestras de excesiva curiosidad, imprudencia, soberbia, ganas de hablar y otros vicios; María, en su conducta con el ángel, demostró que poseía en grado supremo la humildad, pureza, prudencia, silencio y otras exquisitas virtudes que debemos imitar los hijos de Eva, si queremos remediar los males causados por nuestra primera madre. ¿Á cuál de estas dos madres seguimos; á Eva que lo es de la muerte, ó á María que es madre de la vida? ¡Oh Virgen purísima! Cuán bien os cuadra en este punto lo que vuestro Esposo dijo²: «Hermosas son tus mejillas como de tórtola», porque, no sólo respaldece en ellas vuestra humilde castidad, sino que con vuestro prudente

¹ Gen., iii, 1. — ² Cant., 1, 9.

silencio os apartáis del común modo de obrar de los hombres, gustando de hablar á solas con Dios, para alcanzar las luces que necesitáis para agradecerle.

Punto 3.º *San Gabriel, viendo la turbación de María, la tranquilizó.*— Considera cómo viendo el ángel la turbación de María, trató de tranquilizarla, diciendo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios». Propio es del buen espíritu el sosegar cualquier temor y turbación del corazón, para que el alma reciba con sosiego y quietud la revelación y visita de Dios; y así, has de procurar por tu parte quitar las turbaciones que nacen de tu flaqueza, acordándote de que Cristo reprendió á Marta porque estaba turbada en muchas cosas¹, impidiendo con tal turbación el recibir con mayor fruto su divina visita, que es la única cosa necesaria. Mas, pondera con grande alegría la razón que dió el ángel para quitar la turbación á María: Has hallado gracia delante de Dios, que fué decirle: No tienes que temer demonio, ni infierno, ni enemigos visibles ni invisibles; ni hay por qué te receles de las grandezas que te he dicho en esta salutación, ni de otras que luego te diré; porque te hago saber que has caído en gracia delante de Dios, y esto basta para que estés segura, y de aquí te viene el ser llena de gracia, y que el Señor sea contigo, y que seas bendita entre las mujeres, porque quien halla gracia delante de Dios, ¿qué bienes no recibirá de su larga mano? ¡Oh! ¡Dichosa y mil veces dichosa el alma que halla gracia delante de Dios! Si se tiene entre los hombres por suma felicidad caer en gracia al rey terreno, ¿cuánto mayor será caer en gracia al Rey celestial? De aquella gracia procede abundancia de riquezas, honras, dignidades y otros bienes de la tierra; mas de ésta procede abundancia de virtudes y dones del cielo, que da Dios á sus queridos. Por lo cual, de los muy grandes santos se dice en la Escritura que hallaron gracia delante de Dios, como de un Noé, Moisés, David² y otros tales; pero sobre todos la Virgen sacratísima halló muy mayor gracia cerca de Dios, y tan cerca, que siempre estuvo con El, y El con Ella, hasta tenerle en su vientre como madre. ¡Oh Madre dulcísima! Gózome de que hayáis hallado gracia delante de Dios con tan singular privanza. Y pues la reina Ester, porque halló gracia delante del rey Asuero³, fué causa de que su pueblo también la hallase y fuese de él muy favorecido, sed Vos nuestra medianera, para que hallemos gracia delante de Dios, y alcancemos la gracia consumada, que es la gloria eterna. ¿Deseamos nosotros hallar gracia delante de Dios? Examinemos si imitamos la virtud de María.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán edificante es la conducta de María al oír que era tan honrosamente saludada por el ángel

¹ Luc., x, 41. — ² Gen., vi, 8; Exod., xxxiii, 12; Act., vii, 46. — ³ Esther, ii, 17.

del Señor! ¡Qué virtudes tan sublimes ostenta! La vista del enviado celestial, que se presenta en la forma de un apuesto y gallardo mancebo, la turba. Tan excelente es su castidad, que tiembla á la sola presencia de un varón, aunque no tenga Ella nada que temer, porque está guardada con la poderosa protección del Señor. Pero si por su castidad se sobresalta por la presencia del enviado del cielo, mucho mayor impresión causan á su humildad las honrosísimas palabras que la dirige al saludarla; y ya no puede ocultar la turbación que le produce una salutación tan gloriosa é inesperada como, según su humilde juicio, inmerecida, aunque muy digna fuese de ella. Mas, en tal apuro, ¿qué hace María? ¿Cómo se porta? ¡Oh, si supieras tú imitarla! Mira qué prudencia tan discreta y reposada; mira qué silencio tan prudente y oportuno. Ella no se precipita á contestar al ángel, sino que piensa qué salutación es la que oye, y á qué fin puede ordenarse; ella no traba largas pláticas con el ángel, por más que tiene toda la seguridad que no la engaña, sino que guarda profundo silencio, hablando por Ella la turbación que experimenta y el exterior modesto y humilde con que está delante de aquel ministro del Señor. ¡Oh María! Tranquilizaos, no temáis, habéis hallado gracia delante de Dios. Él os mira con ternura, os ha escogido con preferencia, os ha enriquecido con mayor abundancia de bienes que á todas las demás criaturas, y quiere que seáis su Madre; no tenéis, pues, por qué temer. Y tú, alma cristiana, ¿cómo recibes las visitas del Señor? ¿Cómo te portas cuando oyes tus alabanzas? ¿Imitas la castidad, la humildad, la prudencia y el silencio de María? ¿Puede decirse de ti que has hallado gracia delante de Dios, ó más bien que has perdido la que se había servido concederte? Entra en tu interior, y medita bien todo esto, y, confuso y humillado al ver el abuso que hiciste de la divina gracia, propón la enmienda, y para lograrla, pide, ruega, importuna á Jesús, suplicándole por tí y por el mundo entero.

II.—PRUDENTE PREGUNTA DE LA VIRGEN.

PRELUDIO 1.º Oyendo María que el ángel le anunciaba que sería madre de Jesús, le preguntó cómo sucedería esto, teniendo ella voto de virginidad.

PRELUDIO 2.º Representate á María preguntando humilde y prudentemente al ángel.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ser prudente y circunspecto en las palabras.

Punto 1.º *Admirable prudencia de María en la pregunta que hizo al ángel.*—Considera cómo, oyendo la Virgen lo que el ángel la decía, que había de concebir y dar á luz á un hijo, que sería el Mesías, acordándose del voto de virginidad que había ofrecido al Señor desde su primera edad, repuso¹: «¿Cómo pue-

¹ Luc., 1, 34.

de ser esto, pues no conozco varón?» Como si dijera: No dudo yo de la omnipotencia de Dios, el cual puede hacer este milagro, que una Virgen conciba y dé á luz; ni dudo tampoco de tu promesa, porque te reconozco por embajador celestial; mas quiero que me informes, ¿cómo puedo yo obedecer á esto que se me manda, pues tengo hecho voto de no conocer varón? En esta indagatoria descubrió la Virgen grande prudencia con excesivo amor á la virginidad, y así con mucha razón la llama la Iglesia, Virgen prudentísima; porque, con ser tan grande la promesa del ángel, no se cebó luego en ella, hasta ver cómo se concertaría con el voto que tenía hecho de castidad, á la cual estaba tan aficionada, que con detrimento de ella se le hacía muy dificultoso ser madre, aunque fuese de tal Hijo. Y, aunque sabía por la profecía de Isaías¹ que la Madre del Mesías sería Virgen, quiso con prudencia examinar la revelación del ángel, para ver cómo concertaba con la revelación del Profeta. De donde debes sacar un entrañable amor á la castidad, huyendo, cuanto es de tu parte, todo aquello que puede ser ocasión de menoscabarse, aunque tenga apariencia de piedad y religión. Y, á imitación de la Virgen, has de examinar bien el espíritu que te incline á cosa en que pueda haber peligro, temiendo no sea espíritu de Satanás, el cual, como dice el Apóstol², se transfigura en ángel de luz para engañar á los que son muy sencillos ó demasiado confiados, ó muy celosos del bien ajeno, sin mirar tanto por el propio. ¿Qué espíritu nos mueve en los pensamientos, deseos y obras? Meditamos y pedimos oportuno consejo para no ser engañados? ¡Oh Virgen prudentísima! Confieso que por mi falta de discreción y prudencia he sido muchas veces víctima de los ardidés de mi enemigo, que me hizo tener por bueno lo que era malo, por lícito lo ilícito; haced que imite vuestra consumada prudencia, examinando los espíritus si son de Dios, siguiendo el bueno y huyendo del malo.

Punto 2.º *La Virgen nos enseña á hablar con prudencia.*

—Considera cómo en estas palabras, que son las primeras que leemos haber sido proferidas por María, se hallan cuatro importantes circunstancias, en las cuales se contiene una admirable regla para hablar con prudencia; porque éstas fueron pocas y muy contadas, y no más que las necesarias, y en caso de grande importancia, y con modo muy humilde y muy decente. Pondera cuán presente en la memoria tendría la Virgen Santísima el consejo del Espíritu Santo que dice³: «Mancebo, hablarás no más que en tu propia causa, cuando fuere necesario, y esto apenas y con dificultad; si fueres preguntado dos veces, tu respuesta sea breve y muy recogida; pasa por muchas cosas como quien no las sabe; oye callando y preguntando cada cosa en su

¹ Isai., vii, 14. — ² II Cor., xi, 14. — ³ Eccli., xxxii, 10.

tiempo». Todo esto guardó maravillosamente la Virgen en estas breves palabras; porque las dijo después que el ángel la habló dos veces, la una para saludarla honrosamente, y la otra para declararle la misión que traía; y, aunque tenía ocasión para alargarse en la pregunta, no tocó más que el punto necesario con gran brevedad, declarando el voto de castidad que tenía hecho con palabras humildes y castas, bastantes para que el ángel la entendiese, diciendo: «No conozco varón». Así condena María en estas primeras palabras, que el Espíritu Santo ha querido conservar para modelo, tu locuacidad, tu curiosidad, parlería y libertinaje en las expresiones, de lo cual te has de confundir, llamándote hijo de María y viéndote tan distante de imitar á tu Madre. ¡Oh Virgen benditísima! Con mucha razón se agradó el divino Esposo de vuestros labios, diciendo ¹ que son como cinta de grana y como panal de miel que destila poco á poco, porque vuestras palabras son ceñidas y muy miradas, dichas con reposo, dulzura y caridad. Pues tanto le agrada esta regla en el hablar, suplicadle que la estampe en mi corazón, para que salgan de él mis palabras bien arregladas. ¿Guardamos en nuestras palabras las circunstancias de modo, lugar y tiempo? ¿Imitemos la prudencia de María?

Punto 3.º *Tres promesas gloriosas que hizo el ángel respondiendo á la pregunta de María.*—Considera cómo el ángel, respondiendo á la pregunta de María, la dijo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra: y, por tanto, lo que de ti nacerá, siendo santo, se llamará Hijo de Dios». Fijate en las tres excelentísimas promesas que hace el ángel á María. La primera, que esta concepción no sería por obra de varón, sino por virtud del Espíritu Santo, el cual, desde el cielo, vendría á ella para la ejecución de esta obra. Y, porque las obras del Espíritu Santo son perfectas, juntamente vino sobre Ella con nueva plenitud de gracias, para disponerla á obra tan soberana. La segunda, que la virtud del Altísimo le haría sombra, preservándola del deleite sensual en la concepción, y formando de su purísima sangre el cuerpo del divino Niño, como la gallina que, cubriendo los huevos con sus alas, les da vida con su calor. La tercera fué, dando razón de las dos pasadas, porque lo que había de ser concebido tan santamente, sería Hijo de Dios, no por adopción, como los demás justos, sino por la unión de naturaleza humana con la persona divina; y así sería santo, no por privilegio, sino por virtud de su santa concepción. Á este mismo modo, para que tú concibas en tu alma el espíritu de salud ²; por el cual eres hijo de Dios adoptivo, es necesario que venga sobre ti la inspiración del Espíritu Santo, y que la virtud y omnipotencia de Dios te haga sombra, templando el ardor de tus concupiscen-

¹ Cant., iv, 3. — ² Isai., xxvi, 18.

cias sensuales, y amparándote en todas las tentaciones y peligros, y enriqueciéndote de gracias. ¡Oh Virgen Santísima! Si cuando entró el ángel estabais llena de gracia, ¿cuánto más llena quedaréis viniendo el mismo Espíritu Santo sobre Vos? Si antes con Vos estaba el Señor, ¿cuánto más lo estará ahora, viniendo la virtud del Altísimo á hacer os sombra? Sea para bien, ¡oh Virgen purísima! tal plenitud, tan dichosa sombra, con esperanzas de tan dulces frutos. ¿Deseas tú, alma devota, participar de tales gracias? Ruega, imita á María, invócala con devoción y confianza.

Epílogo y coloquios. ¡Qué prudencia tan consumada ostenta María en la primera respuesta que da al ángel! Acaba de oír la salutación más gloriosa que puede darse; se le ha comunicado la noticia más grata para ella y más provechosa para el linaje humano. Un ángel es quien la habla, y de ello no le cabe duda; la dice que ha de ser Madre del Mesías; con todo, María no se precipita á dar su consentimiento, engolosinada con la dignidad que le ofrecen, sino que, acordándose del voto de castidad que tiene hecho, y deseando saber cómo se conciliaría una cosa con otra, y, sobre todo, queriendo ver si la revelación del ángel estaba conforme con la profecía de Isaías, el cual anunció que una Virgen sería la Madre del Mesías, le pregunta: «¿Cómo podrá ser esto, si no conozco varón?» ¡Oh palabras dignas de constante meditación, y de servir de perfecto modelo! Palabras breves, las necesarias, dichas en un caso verdaderamente trascendental, y del modo más modesto, decente y puro que pueden proferirse. ¡Oh si tú supieras imitar á esta Reina en el modo de hablar! ¡Si, como ella, hablastes después de pensar lo que dices, usando sólo las palabras necesarias, y esto con brevedad, decencia y honestidad, acordándote que Dios te escucha! Oye las promesas que el ángel hace á María: el Espíritu Santo vendrá sobre ti: ¡qué riqueza de gracias! La virtud del Altísimo te hará sombra: ¡qué dicha! Lo que de ti nacerá, será santo y se llamará Hijo de Dios: ¡qué gloria! ¿Comprendes las prerrogativas y privilegios de tu Madre? ¿La honras del modo que ellos exigen? ¿Procuras imitar sus virtudes, particularmente su prudencia en el hablar? Piénsalo cuidadosamente, y mira qué debes hacer para conformar tu conducta con la de María. Acuérdate que la perfección depende en gran parte de la mortificación de la lengua. Para esto, forma propósitos firmes, eficaces y bien fundados; suplica al Señor que te conceda la gracia que necesitas para cumplirlos, y que remedie todas las demás necesidades.